

**Memoria del proceso comunitario de la Asociación de
cacaoteros de Huisitó como espacio de procesos de
intraculturalidad e intra-interculturalidad**



Leidy Silvana Bolaños Torres

**Trabajo de grado para optar al título de Magister en
Estudios Interculturales**

**Maestría en Estudios Interculturales
Universidad del Cauca
Popayán
Octubre de 2023**

En memoria de Álvaro Araújo, quien falleció en su finca junto a su hijo, antes de que pudiera leer el resultado del trabajo que él ayudó a construir al prestarme su historia.

Para toda la comunidad de Huisitó, que resiste en medio del histórico olvido estatal.
Y especialmente para los cacaoteros que generosamente me permitieron entrar a sus hogares y me enseñaron el significado de resistir con esperanza.

Para mi mamá y toda mi familia, por su cariño y apoyo permanentes, por cuidar y acompañar mis pasos, gracias por la alegría y ser el lugar seguro al que siempre quiero volver.

A Migue, tan oportuno, gracias por el amor y el abrazo, por creer y alentar la fuerza que me habita.

A mis amigas y amigos, por tenderme su mano siempre que la necesité, gracias a ustedes nunca desistí de escribir.

A la Maestría en Estudios Interculturales, a sus profesores y profesoras comprometidos con un mundo más justo y una academia liberadora. Especialmente a mi director, Jorge García, y a la maestra Elizabeth Castillo.

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN	4
CAPÍTULO I VOLVER A MIS PATIOS	5
COCA POR CACAO: PROBLEMATIZACIÓN	15
LA MIRADA INTERCULTURAL: JUSTIFICACIÓN	16
ANTECEDENTES	18
OBJETIVOS.....	20
<i>General</i>	20
<i>Específicos</i>	20
EXCAVAR EN LA MEMORIA: LA METODOLOGÍA.....	20
CAPÍTULO II EL CACAO, LA RESISTENCIA “DESDE ABAJO”	27
LA SEMILLA: SURGIMIENTO DE LA ASOCIACIÓN	29
SEMBRANDO LA RESISTENCIA.....	32
TIEMPO DE COSECHA: MARCA HUISITÓ.....	42
CONCLUSIONES	54
RESPECTO A LA INTERCULTURALIDAD.....	54
RESPECTO AL CAMINO RECORRIDO.....	55
REFERENCIAS CITADAS	56

Introducción

Huisitó, corregimiento del municipio de El Tambo, en el departamento del Cauca, ha cargado históricamente con un estigma desde que, en la década de 1970, empezó a convertirse en un pueblo cuya economía depende mayoritariamente del cultivo de hoja de coca. Conviviendo con la marca de ser narcotraficantes y con los impactos sociales, culturales y ambientales de un modelo económico cocalero, un grupo de campesinos de diferentes procedencias decidió retomar un cultivo ancestral: el cacao.

La presente investigación narra el proceso organizativo de la Asociación de cacaoteros de Huisitó, como un escenario intercultural que se puede observar a la luz de la intra e intra-interculturalidad. La férrea resistencia de sus integrantes ante un Estado que los ignora, grupos armados que se disputan el control territorial, y una práctica económica depredadora, es un ejemplo de lo que significa construir interculturalidad desde abajo.

Palabras clave: Huisitó, cacaoteros, interculturalidad, intraculturalidad, intra-interculturalidad.

Capítulo I

Volver a mis patios

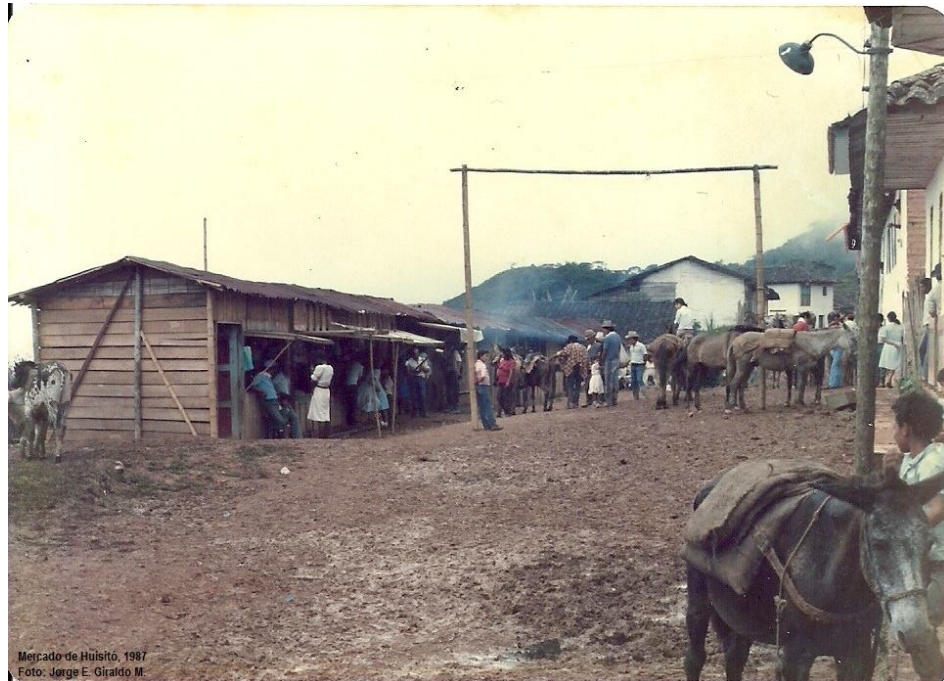


Foto: Domingo de mercado en Huisitó, 1987.

Fuente: Jorge Giraldo. Archivo personal.

Del año 2010 al 2012, como parte del desarrollo de mi trabajo de grado para optar al título de Comunicadora Social de la Universidad del Cauca, llevé a cabo un trabajo de investigación cuya semilla había sido sembrada prácticamente en el primer semestre de la carrera. Este trabajo, resumiendo, consistió en contar a través de siete personajes, diferentes momentos de la historia del pueblo donde pasé mi infancia, el de mi abuelo materno, y surgió como una necesidad personal de mirar dentro de mi propia historia, la de mis ancestros. Sabía del reto que implicaba hablar de lo que me había acostumbrado a mirar desde que era niña, pero con la perspectiva de quien investiga, aunque también era consciente de lo potente de este ejercicio pues me permitiría contar un mundo a partir de un microcosmos; era la historia de Colombia que se reflejaba en la historia de Huisitó, mi pueblo. Finalmente, tras obtener mi grado, el resultado de investigación fue publicado por la Editorial de la Universidad del Cauca en el libro titulado: Huisitó, siete crónicas sobre una transformación.

Fue en ese proceso que conocí la obra del poeta caribeño Héctor Rojas Herazo, quien dijo: “No soy de un pueblo, soy de un patio”, refiriéndose a ese lugar de las

casas familiares como un espacio geográfico desde el cual se podía narrar el mundo personal y al mismo tiempo hablar de toda una cultura. Por eso, volver a hurgar en la historia de mi pueblo es el equivalente a visitar nuevamente mis patios. Ahora, desde la Maestría en Estudios Interculturales vuelvo a ellos pero con otra mirada, la de la interculturalidad, puesta sobre un proceso específico: el de la Asociación de Cacaoteros de Huisitó.

Pero antes de abrirle al lector las puertas a ese espacio, quisiera advertirle que lo que encontrará a lo largo de este texto tal vez, a sus ojos, se distancie de los tradicionales trabajos académicos que dan cuenta de un proceso de investigación para optar a un título de posgrado. Lo que hallarán será una especie de bitácora de viaje con la experiencia de una estudiante que vuelve los ojos de investigadora a su territorio para analizarlo desde la interculturalidad y narra este camino en primera persona y con tono de periodista.

Huisitó es un corregimiento del municipio de El Tambo, Cauca, cuya fundación se presume se dio en la década de 1930, por iniciativa de dos mujeres negras, Celia Salcedo y su hija Visitación Torres, quienes llegaron desde San Juan de Mechenge, otro corregimiento del mismo municipio. Tiene una extensión de 282 km²; sus principales veredas son Huisitó, La Dorada, Río Claro, Mecaje, Juntas, San Pedro, El Deleite, La Antioqueña, Santa Rita, Cañadas, 20 de Julio y Manzanares, que hacen parte de la cuenca media y baja del río Huisitó. Por tradición oral se sabe que antes en este pueblo habían vivido indígenas que descendían la cuenca del Micay para llegar a comerciar a San Juan, y que los primeros pobladores cultivaban maíz, yuca, plátano y otros productos de pancoger; cazaban y pescaban. Se trabajaba para el autoconsumo.

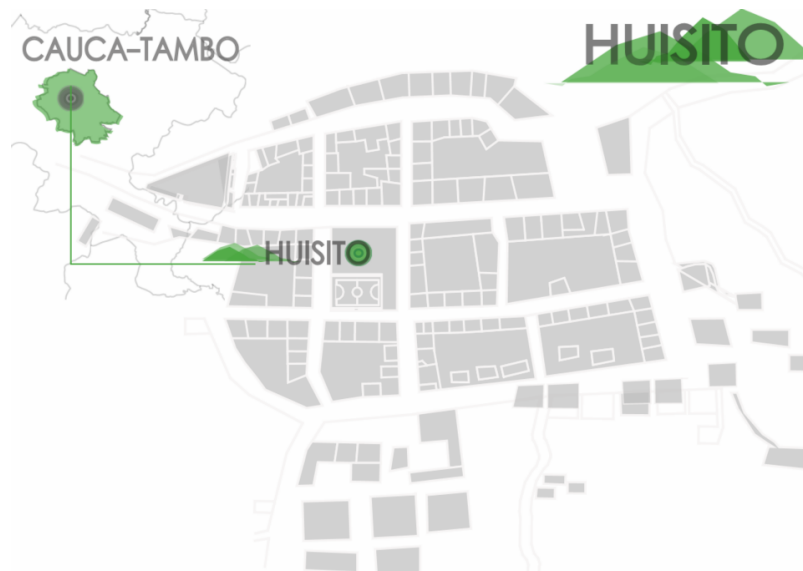


Imagen: Plano casco urbano de Huisitó.

Fuente: Daniela Herrera (2019).

En la década de 1950, provenientes principalmente de Caldas, Antioquia y Valle del Cauca, empezaron a llegar a Huisitó decenas y luego cientos de campesinos que huían de la violencia instalada en sus territorios tras el conocido conflicto bipartidista que se desencadenó en el país desde 1948, por los enfrentamientos a muerte entre liberales y conservadores después del asesinato del candidato liberal a la presidencia Jorge Eliecer Gaitán. Según el antropólogo Juan Diego Castrillón (1990), con el proceso de colonización, el corregimiento, poblado hasta entonces por unos pocos habitantes negros que tenían costumbres e imaginarios muy distintos a los de los colonos, inician una serie de transformaciones que incidieron en la esfera cultural, modificando expresiones como la manera de cultivar, los festejos y la alimentación. Esto lo podemos comprobar en el libro “Huisitó, siete crónicas sobre una transformación”, por ejemplo, en la crónica *La negra y el general: historia de una fundación*, donde se cuenta lo siguiente, haciendo referencia al encuentro de negros y colonos paisas:

Lo que tal vez no esperaban era que los paisas llevaran consigo parte de las ciudades y campos que habían abandonado, donde existían la moda, las tiendas, los oficios especializados, las alcaldías, la policía, las escuelas y las cantinas. El primer choque cultural fue la relación con la tierra; por ejemplo, mientras los negros rozaban el terreno donde iban a cultivar el maíz, los paisas realizaban quemas. Una técnica que los negros ya conocían, pero trataban de no usar por el daño que se le causaba a la

tierra; sin embargo, se hizo común entre todos los campesinos (Bolaños, 2014).

Por otro lado, según la investigación de los agrónomos Jorge Giraldo y Leyder Ruíz (1995), en Huisitó se registró la presencia del Octavo Frente de las Farc desde 1976 y esta se formalizó en 1979 con la toma del cuartel de policía.

Una muestra del poder político que tuvo esta agrupación en el territorio se puede evidenciar en historias como la que narra la crónica periodística ‘Sueños rotos’, en la que una mujer cuenta cómo su padre fundó el Partido Comunista en Huisitó, gracias a la propuesta que le hicieron las Farc, pues ya él pertenecía al PC antes de desplazarse a ese pueblo escondido entre las montañas:

Al fundarse la sede del PC, también se crearon la Juco y la Unión de Mujeres Demócratas. El discurso comunista caló hasta en el último rincón del corregimiento; todos en el pueblo, de alguna manera, tenían que ver con el comunismo aunque no fueran comunistas. Y eso pasó porque tanto las Farc como el partido, empezaron a integrarse a todos los procesos de la comunidad (Bolaños, 2014: 70).

Por su parte, el ELN, según los relatos de los pobladores, ingresó al corregimiento en el año 2002 y ejerció poder hasta el 2019 aproximadamente, cuando después de la firma del Proceso de Paz en el año 2016, surgieron varios grupos armados conocidos como “disidencias” o Grupos Armados Organizados Residuales — GAOR— (según el Gobierno del expresidente Iván Duque), conformados principalmente por excombatientes que decidieron no acogerse al proceso de reincorporación o que retornaron a las armas; es así como hasta la última actualización de este documento (octubre de 2023), la estructura ‘Carlos Patiño’ ejercía el control territorial en Huisitó. Adicionalmente, desde el 2005 hicieron presencia integrantes de Los Rastrojos, grupo al margen de la ley catalogado como Banda Criminal por la Policía Nacional y conformado tras la desmovilización de los paramilitares. Su papel en el pueblo estuvo relacionado directamente con el narcotráfico.

Un ejemplo del dominio territorial del ELN quedó registrado en el sitio web del diario El País de Cali en una nota del 12 de marzo de 2017, donde el reportero Hugo Mario

Cárdenas López narra cómo fueron retenidos por integrantes de este grupo mientras adelantaban labores de reportería junto al conductor del vehículo del medio. Los periodistas buscaban constatar sobre el terreno las razones para el aumento de cultivos ilícitos en esta zona del país (El País, 2017)¹.

Por otro lado, en abril de 2020 el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado —Movice— denunció el desplazamiento forzado de 25 familias de El Tambo y Argelia por parte del autodenominado “Frente Carlos Patiño FARC – EP”; una de las víctimas fue Henry Agudelo, líder de la Organización Campesina ACAAMI, de Huisitó, que según esta organización fue amenazado junto a toda su familia y obligado a entregar su casa y pertenencias al grupo armado².

El portal La Silla Vacía registró también en una investigación publicada en agosto de 2020 la difícil situación de varios municipios del Cauca. “La violencia en Patía, Argelia y El Tambo es el resultado de una disputa entre una disidencia de las Farc, el ELN y más recientemente la Segunda Marquetalia de Iván Márquez, que no se bajan de “narcos” y “paramilitares” en redes”, indicó el medio. Y además se refieren a los antecedentes del conflicto: “Las balas, en realidad, en pocas ocasiones han dado tregua a los pobladores de esta zona, apetecida por los ilegales por el control territorial. En 2006, el ELN aliado con los Rastrojos entró en guerra con las Farc. En 2009, firmaron un acuerdo que dividió el territorio: desde el Plateado hacia el Tambo era del ELN, mientras el resto de Argelia era de las Farc³.

De manera paralela a la presencia de grupos armados al margen de la ley, hasta 1998 para los pobladores del corregimiento la subsistencia económica se dificultaba debido al pésimo estado de los caminos de herradura que no permitían el transporte hasta la cabecera municipal de los productos que se cultivaban. Esta fue una de las razones por las que finalizando la década del 70 empezó el auge de la coca. Se presentaron varias bonanzas; primero fue la ‘Pajarita’ y luego la ‘Peruana’ y la ‘Pringa’. Estas bonanzas provocaron transformaciones, empezando por la económica, que a su vez estuvo ligada a otras como las culturales y ambientales.

¹ <https://www.elpais.com.co/judicial/asi-fue-la-agresion-del-eln-a-los-periodistas-de-el-pais-en-el-cauca.html>

² <https://movimientodevictimas.org/denuncia-25-familias-fueron-desplazadas-de-el-tambo-y-argelia-cauca-en-medio-de-la-pandemia-del-covid-19/>

³ <https://www.lasillavacia.com/silla-nacional/la-guerra-en-cauca-a-punta-de-fusiles-y-de-redes/>

Entre otras cosas, por ejemplo, se evidenció un cambio en las formas de producción, en las relaciones familiares, y un progresivo abandono de los cultivos tradicionales (Bolaños, 2014). A propósito, Luis Miguel Montes afirma:

(...) la economía cocalera de Huisitó se fue capitalizando en términos de inversión, producción y consumo, pues así como los cultivos requerían dinero para costear los jornaleros y los insumos, que en muchas ocasiones eran vendidos a crédito por los comerciantes, el tráfico de las hojas y de la pasta producía un capital que de lejos superaba los costos de producción y que permitía el despliegue de un consumo suntuario y hedonista, por parte de los coccaleros y de los *raspachines*, que una vez más enriquecía a los negociantes externos (Montes 2017: 150).

El mismo autor resume los impactos sociales, culturales y ambientales que el desarrollo de la economía cocalera tuvo sobre la estructura agraria del corregimiento de Huisitó, en el periodo 1980-2015. Primero, “la pérdida de la soberanía y la seguridad alimentarias” (Montes 2017: 156). Segundo, “la creación de nuevos hábitos de consumo y de entretenimiento que articularon las relaciones sociales extra-laborales de los campesinos y de los raspachines de Huisitó” (Montes 2017: 157). En tercer lugar, “las bonanzas cocaleras derivaron en nuevas corrientes de colonización y en un amplio flujo de inmigración que trajo nuevos actores sociales a la zona” (Montes 2017: 158). Y por último, “la degradación multifacética que sufrió el territorio y el medio ambiente de Huisitó como resultado del despliegue de las distintas fases de la economía cocalera” (Montes 2017: 159).



Foto 1: cultivo de coca en una finca de Huisitó.

Fuente: Sara Cristina Tejada. Archivo propio.

Esta situación se puede constatar en los relatos de pobladores como Alexander Mondragón, que ayudan a esclarecer el contexto en el que tuvo auge el cultivo de coca con fines comerciales:

Él nació en 1972 y recuerda que, empezando la década de los ochentas, masticar las hojas tostadas durante las jornadas de trabajo en el campo dejó de ser el único uso que se les daba. La noticia de que en otros municipios del suroccidente caucano la gente se estaba enriqueciendo vendiendo coca o procesándola para obtener bazuco, llegó a los oídos de los huisitoreños y causó revuelo. Entonces, decenas de campesinos realizaron continuos viajes hasta el municipio de Argelia para comprar la semilla por arrobas o para intercambiarla por cabezas de ganado y mulas (Bolaños, 2014: 105).

Su historia también nos permite ver los cambios que se empezaron a dar en el corregimiento a raíz de la expansión de la economía cocalera, que terminó siendo el impulso para recuperar el cultivo de cacao:

Para Alexander, lo único que la coca le dejó a su pueblo fueron pérdidas porque pervirtió todo lo que tocó. Recuerda especialmente lo que ocurrió con alias Alberto, un comandante de las Farc, guerrilla

que ejerció control territorial en la población desde los ochentas hasta aproximadamente el 2002. El tipo era el encargado de manejar el dinero de los impuestos que cobraba esa organización a los compradores de mercancía y entre sus funciones estaba reclutar jóvenes para que conformaran el grupo de milicianos que hacía las veces de patrulla de vigilancia en el corregimiento. La táctica del guerrillero para convencerlos consistía en regalarles plata, ropa y zapatos, hasta terminar proponiéndoles que se enrolaran en las milicias. Y lo consiguió, según los cálculos de Alexander, con veintiocho muchachos, de los cuales ocho pertenecían al equipo de fútbol que él dirigía. “Se me llevó casi a todos los jugadores y yo abandoné el deporte por eso”, afirma.

Su decepción por los efectos del narcotráfico en la vida de sus paisanos iba aumentando cada vez más y dice que le entristeció mucho darse cuenta de que los hombres más viejos del caserío ya no tenían ninguna autoridad ante las nuevas generaciones. También le generaba angustia que niños de diez años y jovencitos que no superaban los dieciocho, consumieran la cocaína que se producía en las cocinas montadas por narcotraficantes forasteros. Por razones como esas, cuando en el 2010 fueron erradicadas manualmente cientos de hectáreas en la zona suroccidental del país, Alexander lo entendió como el último mensaje que la vida le estaba dando para que abandonara de una vez por todas el negocio de la coca (Bolaños, 2014: 109-110).

En este contexto surge en la comunidad ‘Asohuisitó Cacao Topé’, como iniciativa de un grupo de campesinos quienes, a partir de la erradicación manual de los cultivos de coca realizada por el Gobierno Nacional en el año 2010, mencionada en el texto anterior, se unieron para buscar una alternativa que les permitiera abandonar gradualmente el cultivo de coca.

En un reportaje del mes de julio de 2012 llamado ‘También el Sur’, el periodista Alfredo Molano se refiere a la historia de colonización de Huisitó y describe la erradicación del 2010, confirmando lo contado por los pobladores:

En los años 50 llegaron del Tolima, Caldas y Antioquia campesinos expulsados a colonizar la vertiente del Pacífico. Huisitó fue abierto por campesinos caldenses y desde la década del 80 ha sido una región que vive de la coca y la amapola. El Gobierno ha intentado erradicar los cultivos ilegales con programas de sustitución y de erradicación aérea y manual en varias oportunidades.

La última, el año antepasado, dio origen a una masiva movilización de campesinos cocaleros de Huisitó, Los Andes, Playa Rica, La Calera, La Paz, Finlandia, hacia la cabecera municipal y hacia Popayán. Comenzó el 22 de junio y durante 16 días los campesinos rodearon a un destacamento del Ejército que trató de impedir la marcha hasta el momento de ser enviado el Escuadrón Móvil de la Policía Nacional, y que, según testigos, fue repelido por los manifestantes. Hubo diálogos, compromisos y la movilización continuó hacia Popayán, pero a mitad del camino explotó una bomba en una estación de gasolina a la entrada de la ciudad (Molano, 2012)⁴.

En uno de los documentos constitutivos de Asohuisitó que reposa en su página de Facebook, cuentan la historia de su iniciativa y afirman que los integrantes de Asohuisitó se juntan para:

“tomar la decisión de buscar nuevas alternativas económicas productivas lícitas que a mediano y largo plazo ayudaran a minimizar los efectos generados por esta erradicación no concertada que afectó ostensiblemente la dinámica social y económica de la región.

A partir de ese momento empezó la recuperación de cacaoteras antiguas y la siembra de cacao utilizando materiales propios de la región, al igual que las nuevas tecnologías y materiales genéticos promovidos por la Federación de Cacaoteros, sede Puerto Tejada, que ha brindado asesoría y apoyo técnico con la Granja Tierradura en Miranda, Cauca, con lo que se espera superar parte de las problemáticas que en el pasado hicieron que el cacao perdiera importancia económica en la región, y de esta forma se pueda constituir en una alternativa

⁴ <https://www.elspectador.com/colombia/mas-regiones/tambien-el-sur-article-361642/>

productiva legal frente al cultivo de la coca, cultivo que durante muchos años ha sido el principal soporte económico de la región y sus habitantes.

En ese mismo periodo se inició el proceso de constitución de nuestra organización, motivados por la iniciativa promovida en la región por parte de un grupo de líderes, quedando conformada a partir del 19 de marzo del 2011, cuando se realizó la asamblea constitutiva, obteniendo al mes siguiente el reconocimiento legal, marcando un hito en el corregimiento, dadas las condiciones sociales y económicas predominantes asociadas a cultivos ilícitos, las cuales permanentemente han estado afectadas e influenciadas por el conflicto armado que se vive en la región y el país, y los diversas (sic) situaciones relacionadas con el mismo.

En este momento el área sembrada en cacao por los asociados a Asohuitó es de más de 65 hectáreas (la mayoría de las cuales ya iniciaron producción), y en las que los asociados han venido aplicando muchas de las nuevas prácticas recomendadas por Fedecacao (en las giras y talleres realizados) para obtener mejores resultados, aunque con algunas limitantes por falta de recursos económicos, especialmente para el sostenimiento del cultivo.

Desde mediados del 2014, la asociación empezó a comprar parte de la producción de cacao de sus asociados, la cual es comercializada posteriormente con un intermediario en El Tambo, que entrega a la Compañía Nacional de Chocolates en Yumbo. En general los requerimientos de calidad del cacao por parte del intermediario no han sido muy altos, y en ese sentido el producto se compra como cacao corriente sin ninguna diferenciación para los asociados y no asociados que le venden a la asociación. A futuro, especialmente con el apoyo del proyecto que actualmente se está desarrollando con la OIM (Organización Internacional para las Migraciones), esperamos mejorar y fortalecer los canales de comercialización del cacao de forma directa.

Hoy, Asohuitó, está conformada por 27 socios activos, entre ellos cinco mujeres, que continúan trabajando por mantener viva esta iniciativa, que con mucho esfuerzo y compromiso está próxima a cumplir ocho años (desde que se reunió el primer grupo preocupado por la situación presentada por la

erradicación), y que nos llena de orgullo, porque no nos hemos quedado pensando solo en la producción sino que estamos buscando consolidar una propuesta de transformación con nuestra marca de *Chocolate Huisitó*.

Como parte de proyección de nuestro trabajo a la comunidad, desde el 2013 venimos trabajando junto con el programa Misión País Colombia de la Universidad Javeriana, Bogotá, la junta de acción comunal y la Institución Educativa Huisitó, en la consolidación del Centro Cultural Huisitó, espacio de encuentro y cultura, especialmente para nuestros niños y jóvenes.

Finalizamos esta reseña presentando el objeto social de ASOHUISITO Cacao Topé-, que es el de propender por mejorar las condiciones de vida de sus asociados y sus familias a través de la producción, transformación y comercialización de productos agropecuarios, con énfasis en el cultivo del cacao, cuidando y manteniendo la tierra y el entorno natural, teniendo como base fundamental un modelo de producción agroecológica” (Facebook 2017).

Así pues, la creación de esta Asociación representa un giro en la historia del corregimiento, no sólo hacia un cultivo legal sino, principalmente, hacia la construcción de nuevas maneras de ver e interactuar con el territorio.

Coca por cacao: problematización

Desde que se vieron abocadas a sembrar coca como principal medio de subsistencia, consecuencia de la marginación estructural del Estado, las familias campesinas de Huisitó han vivido la estigmatización y criminalización de su oficio como cultivadores de coca desde la década del 80, tiempo después de que llegaran a poblar este caserío en el contexto de la colonización paisa, tras el periodo de violencia bipartidista en nuestro país en los años 50 y 60. Lo anterior se ve reflejado en acciones del Gobierno como las que recuerdan varios pobladores, que consistían casi exclusivamente en intervenciones militares para, por ejemplo, llevar a cabo fumigaciones y erradicaciones manuales de coca. Sin embargo, como vimos en el apartado anterior, desde el 2010, tras una de las erradicaciones de cultivos de coca, más de 40 familias huisiteñas deciden, ante la exclusión sistemática de los gobiernos de turno, crear la Asociación de Cacaoteros de Huisitó, AsoHuisitó Cacao

Topé. Las dinámicas que se generaron alrededor de este proceso comunitario frente al giro de la mirada de los integrantes de la asociación respecto a lo que representa la tierra, su comunidad y lo que quieren para su territorio, son parte de lo que reviso en el presente trabajo de investigación para narrarlo a través de un ejercicio de memoria, desde la perspectiva de la intraculturalidad e intrainterculturalidad, entre los miembros de la Asociación y entre cacaoteros, cocaleros y el resto de la comunidad; esto a partir de las historias de algunas de las familias de la Asociación. Algunas de esas dinámicas que demuestran un giro en la mirada se pueden observar en acciones como el mismo abandono del cultivo de la coca por parte de las familias cacaoteras, aunque no todas, pues argumentan ser conscientes del daño que le hace a la tierra la cantidad de químicos que deben ser usados, además de su deseo de verse inmersos en dinámicas de producción y comercialización dentro de la legalidad. Además, desde la Asociación se generó una proyección a la comunidad con acciones como la creación del Centro Cultural Huisitó, con el apoyo del programa Misión País Colombia, de la Universidad Javeriana, con el objetivo de promover la lectura y la escritura, el deporte, el cine, y los talleres de manualidades, tanto en niños y jóvenes como en adultos.

La mirada intercultural: Justificación

La observación de este contexto y en general de la historia colombiana ampliamente documentada, me brindaron elementos suficientes para afirmar que el narcotráfico ha sido uno de los mayores responsables de la destrucción del tejido social de muchas comunidades. En Huisitó, como dan cuenta documentos referenciados antes, como *Huisitó: siete crónicas sobre una transformación* (Bolaños, 2014) e *Historia/Memoria de una comunidad campesina* (Montes, 2017), la transformación se dio desde el ámbito económico, pasando por el cultural y político. Por eso, con esta investigación quiero explorar cómo la asociación comunitaria alrededor del cultivo del cacao ha generado procesos de intrainterculturalidad e intraculturalidad, desde la perspectiva del proyecto “casa adentro” del profesor Jorge García; según él, hablando de este proceso desde el contexto de la etnoeducación en el Pacífico:

(...) no es un modelo para ser aplicado exclusivamente en el sector educativo formal. Se trata también de una estrategia y de un escenario de aprendizaje

para dirigentes comunitarios, padres de familia, promotores culturales y todos los agentes de gestión social y comunitaria que impulsan el crecimiento de las sociedades afro en el Pacífico. Desde esta perspectiva, se considera posible hablar de fortalecimiento de los espacios de formación comunitaria tendientes a la cohesión y a la organización de las poblaciones en torno a las problemáticas que les incumben directamente y a la búsqueda endógena de caminos que lleven a la superación de las precarias condiciones materiales de vida, elevando la conciencia social y su pertenencia cultural. Estos presupuestos inducen a crear espacios permanentes de reflexión al interior de las comunidades para lograr mayor solidez y coherencia en sus concepciones políticas” (García, 2011: 119).

En este sentido, pienso que para la comunidad huisiteña un punto de inflexión trascendental en sus vidas ocurrió a partir de la erradicación manual del cultivo de coca realizada por el gobierno nacional en el primer semestre del 2010; el impacto que esta generó, al ser la más dura en varios años, obligó a muchas familias a iniciar un proceso de autorevisión que pasó inicialmente por pensar en nuevas alternativas económicas lícitas, pero que como consecuencia de las dinámicas organizativas, continuó como proceso de reflexión y unidad, por lo menos inicialmente dentro de la Asociación. Por ejemplo, según Jorge Giraldo, agrónomo e integrante de la Asociación, en conversación personal me manifestó que en las asambleas de AsoHuisitó se habló de la importancia de retomar no sólo prácticas tradicionales de agricultura sino culturales como las reuniones comunitarias para celebrar el día de la madre o el día del niño; así mismo realizaron lo que llaman “actividades culturales” en las que por ejemplo, los niños de la escuela hacen obras sobre la importancia e influencia del cacao, se han reunido en las fincas de los asociados a preparar almuerzos para charlar sobre asuntos pendientes o sobre las consecuencias del narcotráfico en sus territorios, e incluso, con el apoyo de la Universidad Javeriana de Bogotá, abrieron un centro cultural, algo que no se había realizado desde hacía décadas en el pueblo. Todo esto le permitió a la organización proyectarse al resto de la comunidad para mostrar que hay maneras distintas de vivir en comunidad y de relacionarse con el territorio. Las tensiones y dificultades que esto implica y también los resultados positivos constituyen la memoria que me parece necesario discutir, registrar y visibilizar en este trabajo de grado, para que esta constituya una

herramienta de reflexión no sólo para la comunidad de Huisitó sino para que tal memoria sea referencial para otras comunidades.

Por otro lado, si bien todos los antecedentes revisados tienen un valor importante para la construcción de memoria de las familias cacaoteras de Huisitó, ninguno se enfoca directamente en el análisis del proceso de la Asociación de cacaoteros y menos desde la perspectiva de la interculturalidad.

Antecedentes

Inicialmente, encontré de gran relevancia la tesis del pregrado en Antropología de Juan Diego Castrillón, *Consideraciones sobre un proceso de colonización. El Corregimiento de Huisitó 1950-1988*. Aquí, desde los conceptos de región, cultura, etnicidad, imaginario social y tiempo reversible, el autor realiza un acercamiento al proceso de “colonización paisa”, que se originó como consecuencia de la violencia desatada después del magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, y asegura que los grupos colonizadores que llegaron a Huisitó, denominados antioqueños, no colonizaron mediante la improvisación, sino a través de todo un proyecto que pretendía hacer realidad la imagen de sociedad que portaban, tras un proceso histórico. Castrillón presta especial atención en su tesis a la tradición oral del corregimiento y se vale de los relatos de algunos pobladores para contar la historia de los primeros habitantes negros y su posterior encuentro con los colonos. Aunque se transcriben algunas voces y relatos, carecen del rigor estilístico narrativo, lo cual se entiende puesto que no era ese el objetivo de la investigación.

El segundo documento también es un trabajo académico y fue desarrollado por Jorge Giraldo y Leyder Ruiz (1995). Se llama *Aproximación al conocimiento de los sistemas de producción agropecuarios y al manejo del medio natural en la región de Huisitó en el Pacífico caucano* y, aunque es una investigación enfocada en lo referente al desarrollo agropecuario en el corregimiento, aporta información sobre algunos aspectos culturales en el marco sociopolítico. Por ejemplo, menciona el ingreso de las Farc finalizando la década del 70 y su relación con el Partido Comunista. Igualmente, se refiere a la manera como ese fenómeno, la colonización paisa y la siembra de coca, influyeron en el manejo del medio natural. Aunque posee elementos muy técnicos, propios de la agronomía, es muy importante la

relación establecida entre los procesos culturales y la producción, pues da visos sobre las razones que llevaron a los pobladores a cultivar coca. También permite ver cómo las condiciones geográficas del territorio influyen en decisiones como la siembra de cultivos ilícitos.

El tercer documento es el libro de mi autoría, *Huisitó, siete crónicas sobre una transformación* (Bolaños 2014). Este fue un acercamiento a Huisitó desde una mirada global a su historia, narrada a través de siete crónicas sobre siete momentos que a mi parecer fueron trascendentales en lo que respecta a los efectos que tuvieron en la población los siguientes eventos: primer poblamiento, colonización paisa, presencia de guerrillas, narcotráfico, la reciente creación de una Asociación de cacaoteros y la minería artesanal como alternativa ante la erradicación de la coca.

Finalmente, la tesis de pregrado en Historia de la Universidad Javeriana, *Historia/Memoria de una comunidad campesina*, de Luis Miguel Montes (2017), “examina la evolución histórica de un escenario muy delimitado de colonización reciente en la región pacífica”; además este trabajo pretende “analizar la configuración de la estructura agraria del corregimiento de Huisitó, en el período 1950-2015, a partir de los cambios introducidos por la colonización de mitad de siglo, por el despliegue de la bonanza marimbera y de la economía cocalera, y por las iniciativas de acción política campesina que surgieron en respuesta a la marginación estructural y a la represión sistemática del Estado”.

Es así como tras una observación previa del contexto y la revisión de antecedentes, surge la pregunta eje de esta investigación: ¿Cómo el proceso comunitario de la Asociación de cacaoteros de Huisitó se puede analizar como generador de posibles dinámicas de intraculturalidad e intrainterculturalidad, al interior de su organización y en su relación con cocaleros y demás comunidad huisiteña?

Para responderla, este trabajo tiene los siguientes objetivos

Objetivos

General

- Hacer memoria de la Asociación de cacaoteros de Huisitó para analizar los posibles procesos de intraculturalidad e intrainterculturalidad en las relaciones entre cacaoteros, coccaleros y demás comunidad del corregimiento de Huisitó, a partir de las transformaciones ocurridas en este territorio a raíz de la creación de esta organización en el año 2011.

Específicos

- Analizar los giros en las concepciones que los cacaoteros tienen de sí mismos, de su comunidad y de su territorio.
- Visibilizar los aportes de la Asociación de cacaoteros a la comunidad huisiteña en lo que respecta a la construcción de territorio.
- Narrar las historias de algunas familias de la Asociación de cacaoteros de Huisitó, para aportar a la creación de memoria sobre un proceso que ha generado transformaciones sociales en este corregimiento.
- Analizar los posibles procesos de intraculturalidad e intrainterculturalidad en las relaciones entre cacaoteros, coccaleros y demás comunidad del corregimiento de Huisitó.

Excavar en la memoria: la metodología

Teniendo clara la pregunta que sería mi derrotero y los objetivos de la investigación, continué aplicando la metodología escogida durante los seminarios de Investigación de la Maestría en Estudios Interculturales; la etnografía, y una de sus principales estrategias: la observación participante. Así mismo, usé la historia oral como una estrategia que me permitiría recoger las historias de la comunidad.

Frente a la escogencia de la etnografía, dadas las características de esta investigación, en la que me acerco a un contexto del que hago parte desde que era niña, para observarlo e intentar interpretarlo a la luz de una serie de

conceptos, esta metodología resulta pertinente toda vez que permite una inmersión en el contexto social que se está estudiando, pasando tiempo dentro de la comunidad, lo que facilita una comprensión más completa y auténtica de las dinámicas sociales.

Al respecto Peter Woods afirma que esta es una metodología que “se interesa por lo que la gente hace, cómo se comporta, cómo interactúa. Se propone descubrir sus creencias, valores, perspectivas, motivaciones y el modo en que todo eso se desarrolla o cambia con el tiempo o de una situación a otra. Trata de hacer esto desde dentro del grupo y desde dentro de las perspectivas de los miembros del grupo. Lo que cuenta son sus significados e interpretaciones” (Woods, 1987:18).

Respecto a la observación participante, Woods afirma además que:

El método más importante de la etnografía es el de la observación participante, que en la práctica tiende a ser una combinación de métodos, o más bien un estilo de investigación. A diferencia de, por ejemplo, las encuestas, una característica de esta orientación es que muchas de las técnicas de la ejecución real de la tarea están implícitas en el compromiso etnográfico inicial. Como ha observado BALI. (1984, pág. 71), es como «montar en bicicleta: por grande que sea la preparación teórica que se tenga, nada puede sustituir al hecho de montar y andar. Qué hacer debiera ser casi una cuestión de instinto, y es justamente eso lo que ocurre cuando el observador participante se enfrenta con muchos problemas ad hoc. Aun así, la experiencia de los otros puede proporcionar ciertas seguridades y orientación, así como dar una idea de las posibilidades y los peligros (Woods, 1987:48).

“Montar y andar”, como dice el autor, fue precisamente la sensación al volver la mirada a Huisitó con ojos de investigadora, aunque pienso que esa mirada no se pierde y precisamente por eso encontré en el proceso de la Asociación de Cacaoteros, un lugar para el análisis. Como conté antes, ya había estado en esa posición unos años atrás, pero esta vez varias cosas habían cambiado; por un lado, ya tenía una experiencia previa que me ofrecía un conocimiento más amplio sobre la

historia de mi pueblo y el contexto sociopolítico; por otra parte, esta vez tendría que observar con los lentes de la interculturalidad; y el ingrediente adicional era la esperanza de un destino diferente para la comunidad, gracias al cultivo de cacao.

En esta ocasión, para “andar” me apegué a una estrategia de la investigación social cualitativa: la historia oral, que según María Eumelia Galeano, “nos proporciona la historia individual del sujeto, del grupo u organización social, las apreciaciones personales sobre los hechos que han vivido; en forma definitiva, nos ofrece su vida vivida” (Galeano, 2018: 111). Así, esta estrategia me permitió abordar y visibilizar una memoria colectiva de la Asociación de cacaoteros de Huisitó, a través del proceso metodológico que plantea Galeano.

La elección de esta metodología responde a una necesidad que se deriva de los objetivos de esta investigación: “la comprensión de procesos y situaciones sociales a partir de la creación y el enriquecimiento de fuentes testimoniales” (Galeano 2018: 110), a través de, como afirma la misma autora, “todo aquello que puede transmitirse por la boca y la memoria”. Y ya que mi objetivo era escudriñar en la memoria de las familias de la Asociación para contar su proceso de resistencia por medio de sus propias voces, la historia oral me resultó la metodología apropiada. Además, previendo que iba a necesitar hacer uso de otras estrategias, hice uso de esta en particular porque combina, según Galeano, modalidades como la observación participante, la etnometodología, los grupos de discusión y la historia de vida; esta última especialmente es de gran interés para mí.

Por otro lado, Pilar Fonguera, citando a Paul Thompson, refiere que la historia oral puede ser un instrumento para transformar el contenido y el objeto de la historia (Fonguera 1994: 7-8), y ese es uno de los objetivos personales y éticos de este trabajo, pues la historia de Huisitó que ha sido divulgada de manera masiva por los medios siempre se ha contado en el contexto del conflicto armado, desde la perspectiva de los hechos violentos y los daños que estos ocasionan. De manera que escuchar a los protagonistas y hacer memoria de sus experiencias, también es una manera de contar la historia desde abajo, haciendo referencia a Fidel Tubino.

Así pues, según María Eumelia Galeano existen dos momentos para llevar a cabo el proceso metodológico de la historia oral: la construcción y el tratamiento de la

fuentes para su archivo y posterior uso, y el análisis, la contextualización y la comunicación o difusión de los resultados del estudio. Estos momentos están relacionados entre sí y pueden realizarse de manera simultánea. Requieren de los siguientes procesos y actividades:

- **Diseño: donde se realiza el plan de muestreo y la selección de participantes, regido por los criterios de pertinencia.**

Usé el método de bola de nieve, que consiste en llegar a los participantes a través de uno de ellos; en este caso logré llegar a los socios gracias al señor Dumael Flores, y al agrónomo Jorge Giraldo, ambos integrantes de la Asociación. Inicialmente las conversaciones preliminares se dieron con ellos, antes de ingresar al corregimiento a realizar las diferentes actividades de la investigación.

- **La entrada: la manera en que se aborda a los actores sociales en su contexto.**

Aquí tuve la ventaja de ser del corregimiento, por lo que fue más fácil abordar a los participantes. Sin embargo el reto estuvo en tener clara la relación como investigadora, aunque se hiciera observación participante, no viéndolo desde la superioridad académica sino en pro de la franqueza con la comunidad que hizo parte de la investigación para que se tuviera claro el escenario en que se realizaron las entrevistas.

Cuando tomé la decisión de realizar esta investigación hablé primero con mi familia, quienes han vivido de primera mano la historia de Huisitó pues a pesar de que pudieron ubicarse en la ciudad de Popayán, nunca abandonaron por completo el pueblo e incluso algunos siguieron teniendo propiedades allá; dos de mis tíos fueron de los primeros en integrar la Asociación de cacaoteros.

Después de que me dieran un panorama general de la situación de la Asociación y debido a que mis familiares no se encontraban viviendo de forma permanente en Huisitó en ese momento, decidí iniciar los diálogos iniciales con Dumael Flores y Jorge Giraldo. Los primeros acercamientos empezaron en el segundo semestre del 2019, temporada en la que me trasladé durante un mes al corregimiento para proponerle a los socios realizar este proyecto con ellos.

Inicialmente tuve conversaciones informales con Dumael Flores, Álvaro Araújo y Fabio Castro, en las que me contaron el estado actual de la organización. Durante esta estadía visité las fincas de Álvaro Araújo, Consuelo y Alexander Torres, en las que me explicaron los diferentes procesos de creación del semillero, cultivo y cosecha del cacao.

De igual forma, conversé con algunos de los habitantes de la comunidad, seleccionados teniendo en cuenta las siguientes categorías: jóvenes, dueños de establecimientos, dueños de fincas cocaleras, personas con mayor tiempo de antigüedad habitando el corregimiento e integrantes de la iglesia pentecostés. También tuve conversaciones telefónicas y presenciales con dos de los integrantes de Misión País Colombia.

Aunque las conversaciones fueron informales, registré en agendas la información recogida en este proceso. Esta decisión la tomé teniendo en cuenta que primero debía generar un ambiente de confianza, sin que mediaran las grabadoras y las cámaras.



Foto: Dumael Flores en medio de árboles de cacao de su finca.

Fuente: Sara Tejada, archivo propio.

En octubre del mismo año realicé tres entrevistas grupales con Dumael Flores, Álvaro Araújo, Fabio Castro y Óscar Delgado. Una entrevista a Álvaro Araújo y su esposa Ermilia, en su finca. Una entrevista a Luisa Fernanda Alegría y su familia, también en su finca. Una entrevista a Dumael Flores, en su finca, en la que nos

enseñó el proceso de transformación del cacao. Una entrevista al agrónomo Jorge Giraldo, en su casa en el municipio de Buga, después de tener varias conversaciones telefónicas. Y entrevistas con funcionarios de la Alcaldía de El Tambo y la Gobernación del Cauca, así como con académicos estudiosos del tema campesino.

- **Contextuar la información: ubicar la información histórica y socialmente.**

Para realizar esta actividad acudí a los archivos de prensa, información que reposa en el Archivo histórico de Unicauca y en Agustín Codazzi, así como a los propios documentos de la Asociación, como actas de constitución y reuniones; además por supuesto del rastreo de documentos académicos e investigaciones previas sobre Huisitó, expuestas anteriormente.

- **Registro de la información: la serie de decisiones sobre cómo registrar, guardar y cuidar la información.**

Usé la grabadora y realicé la transcripción de los testimonios haciendo una edición y organización de los mismos a través de marcadores según las siguientes temáticas: situación previa a la decisión de retomar el cultivo de cacao, proceso de organización de AsoHuisitó y desarrollo de la organización. También me acompañó realizando el registro de fotografía y video la politóloga Sara Cristina Tejada.

- **Contrastación y confirmación de esa información.**

Al tener unas temáticas para dividir la información obtenida de los testimonios, estas se relacionaron con las temáticas de las fuentes documentales.

- **Tratamiento y archivo de las fuentes orales: sobre cómo almacenar y archivar la información recogida.**

Las entrevistas y material gráfico se guardaron en archivo digital, tanto en equipo de cómputo como en memoria USB y carpetas en Drive.

- **Categorización, análisis e interpretación de la información.**

Definir categorías relacionadas con los objetivos de la investigación, tanto para las transcripciones como para el abordaje conceptual, permitió realizar el respectivo

proceso de análisis de una manera más sencilla. Así, por ejemplo, cada transcripción se dividió en secciones según el tema, que a su vez está relacionado con los objetivos de la investigación.

- **La comunicación de los resultados.**

Aunque inicialmente planteé en el proyecto de trabajo de grado que realizaría una serie de crónicas periodísticas que fueran la evidencia de esa memoria y cuyo número sería definido durante el desarrollo de la investigación, además de la escritura del documento académico con las exigencias de la Universidad del Cauca, en el proceso de investigación ocurrió algo que cambió ese planteamiento. En el año 2019, mientras me encontraba en proceso de entrevistar a algunas familias de cacaoteros, fui ganadora de una beca de creación periodística otorgada por la organización Consejo de Redacción, Verdad Abierta y Colombia Check, con la financiación de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID); como resultado, escribí el reportaje ***La férrea resistencia de los cacaoteros de Huisitó***, publicado en verdadabierta.com y cuyo contenido narra gran parte de los resultados de la presente investigación, por lo que decidí convertirlo en el hilo conductor del segundo capítulo que presento a continuación.

Capítulo II

El cacao, la resistencia “desde abajo”

“Algún día la coca se va a acabar, ¿y ahí qué vamos a hacer? ¿De qué vamos a vivir?”. Óscar Delgado no tuvo que pensar mucho su respuesta cuando le pregunté a él y a dos de sus compañeros, por qué, a pesar de todas las dificultades que producen el conflicto armado y el abandono estatal, insisten en cultivar cacao.

Era un domingo de noviembre de 2019, día de mercado en Huisitó, y Óscar, Álvaro Araujo y Fabio Castro, conversaban en la pequeña construcción de madera con piso de cemento donde funciona la sede de la Asociación de Cacaoteros de la Región del Río Huisitó, AsoHuisitó Cacao Topé. Allí se reúnen cada domingo para recibir, pesar y comprar el cacao que socios y otros campesinos llevan desde sus fincas hasta el pueblo.



Foto: Fabio Castro a la izquierda y Álvaro Araujo a la derecha, con fotos antiguas de Huisitó.

Fuente: Sara Tejada. Archivo propio.

Fabio, presidente de la Asociación, secunda a su amigo: “Es que aquí siempre ha habido amenaza de erradicación, y si uno no hace por tener algo lícito, ¿usted cómo

queda? En ceros”. Lo dicen con seguridad porque aquí, en este corregimiento del municipio de El Tambo, departamento de Cauca, han vivido varias erradicaciones desde que, en la década del ochenta del siglo pasado, la coca reemplazó los cultivos de pancoger y se convirtió en el centro de la economía local.

Algo que no sorprende en un territorio donde apenas hasta 1998 pudieron llegar los primeros carros desde El Tambo, pues antes de ese año, la carretera terminaba en un caserío, a 17 kilómetros, llamado 20 de Julio, lo que dificultaba el transporte de productos que cultivaban los campesinos, como café, lulo, chontaduro y cacao.

Hasta hoy, esa vía sigue sin pavimentar, y para llegar a Huisitó debe tomarse un jeep en la cabecera municipal, que de tumbo en tumbo atraviesa el Parque Natural Munchique y recorre en tres horas o más los 68 kilómetros que los separan. Si es invierno, el recorrido se complica porque, además de los barrizales, son comunes los derrumbes que, incluso han cobrado algunas vidas.

Allá, bromea Fabio, la presencia del Estado “es el glifosato”, refiriéndose a las veces en las que han realizado fumigaciones aéreas de los cultivos de uso ilícito. No le falta razón. Sólo hasta 2001 contaron con el fluido eléctrico suministrado por la empresa Cedelca S.A E.S.P.; y 17 años después iniciaron la construcción del alcantarillado, con recursos de los mismos pobladores. No tienen planta de tratamiento de agua potable y la recolección de basuras la realiza una familia de la zona, sin el cumplimiento de normas técnicas.

Y es que el control territorial, desde la década del sesenta, ha sido ejercido por grupos guerrilleros: primero por las Farc, y a partir de 2002, después de varios enfrentamientos, por el ELN. Tal situación convirtió a Huisitó en una de las denominadas zonas rojas del país, dificultando el acceso de entidades estatales y cooperantes internacionales.

De hecho, al ser entrevistado sobre la incidencia de su agencia en este corregimiento, un cooperante, que pidió proteger su identidad, aseguró que les gustaría tener mayor influencia y destinar recursos a proyectos productivos como el cacao, pero que esto no es posible por las pocas garantías de seguridad.

Así, con la coca como mejor fuente de sustento, era de esperarse que la erradicación manual realizada a finales de marzo de 2010 obligara a varios

huisiteños a replantearse cómo iban a sobrevivir a partir de ese momento. Ocurrió durante el último año de gobierno del expresidente Álvaro Uribe Vélez (2002-2010), en el marco del Plan Colombia, un acuerdo bilateral constituido en 1999 entre los gobiernos de Colombia y Estados Unidos, como parte de una estrategia antinarcóticos y contrainsurgente, implementada a través de la Ley 508 del 29 de julio de ese año.

La semilla: surgimiento de la asociación

Cuando se les pregunta a los integrantes de AsoHuisitó sobre las razones del nacimiento de su organización, hay consenso: las consecuencias de la erradicación manual forzada previa a la Semana Santa de 2010. Igual que Óscar y Fabio, Consuelo Torres, socia fundadora que vive desde hace cinco años en Popayán, capital de Cauca, tiene recuerdos poco gratos de esa época.

“Quedamos en la inmundicia y hasta hubo gente que aguantó física hambre”, asegura. Ella fue una de las primeras en insistir en que retomaran el cultivo de cacao, un producto que había sido muy importante en la zona en las décadas del sesenta y setenta, hasta que la aparición de las enfermedades conocidas como ‘escoba de bruja’ y ‘moniliasis’ marcaron el inicio de la desaparición del cultivo, que terminó casi por extinguirse cuando se generalizó la siembra de coca.

Nueve años después de la erradicación, mientras recorremos parte de las 15 hectáreas de su finca, Álvaro Araujo dice que todavía recuerda cuando, “sin pedir permiso”, entraron a su propiedad los erradicadores acompañados de militares y policías antinarcóticos. “Yo andaba con ellos diciéndoles que no me arrancaran, y un día se les acabó el agua y fui a echarles el agua de por allá arriba, pa’ que tomen; pues si están trabajando que tomen. Y qué bravos conmigo allá arriba en la casa; que sapo, metido; y yo qué puedo hacer, les dije, que tomen agua y maten la sed”.

Con cada mata de coca arrancada, Álvaro veía desaparecer todo su capital y el trabajo de más de diez años, desde que llegó a esta región proveniente de Putumayo, departamento al que había migrado desde Nariño, junto a su esposa, su hijo y dos hijas.

En esta comunidad no olvidan que la incertidumbre y el miedo se apoderaron de sus doce veredas durante los dos meses que duró el operativo de erradicación de cultivos de coca. Sus habitantes recuerdan que el momento más tenso ocurrió el 15 de mayo, cuando un policía murió y dos más resultaron heridos en uno de los múltiples enfrentamientos que sostuvieron con el ELN.

Todo este panorama llevó a algunas familias a abandonar sus fincas y buscar refugio en el pueblo o en los centros poblados más cercanos como la cabecera municipal y la capital caucana. La normalidad retornó cuando, según Álvaro, erradicadores y uniformados se fueron y “no dejaron nada”.

De acuerdo con la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC), la erradicación manual forzosa, que estaba bajo la responsabilidad de Acción Social, se realizó por medio de los Grupos Móviles de Erradicación (GME) de PCI, con apoyo de la Policía Antinarcoóticos y las Fuerzas Militares.

Según el Monitoreo de Cultivos de Coca de 2010, publicado por esa oficina, el gobierno nacional informó sobre la erradicación manual de 43.792 hectáreas de hoja de coca y la aspersión de 101.940 en todo el país, entre 2009 y 2010. Este mismo informe describe que en Cauca se produjo una reducción del diez por ciento en los cultivos ilícitos, después de que se erradicaran manualmente 2.144 hectáreas y se asperjaron 14.450; años atrás, entre 2006 y 2009, en ese departamento se había triplicado la producción, convirtiéndose en uno de los tres con mayor área sembrada en todo el país, con 6.144 hectáreas.

En Huisitó, las consecuencias fueron devastadoras para los habitantes. Endeudados y sin otras fuentes de ingreso, muchos se desesperaron y abandonaron la región, principalmente quienes habían llegado atraídos por las bonanzas cocaleras. Y aunque el gobierno nacional aseguró que estas intervenciones estaban acompañadas de programas de desarrollo alternativo, ejecutados con recursos del Estado y de cooperación internacional, habitantes como Consuelo Torres afirman que la única ayuda que recibieron fue un mercado durante los meses que duró la erradicación.

Pese a que un alto mando del Ejército Nacional, que integraba el operativo de erradicación, le dijo a Álvaro que volvieran a sembrar porque seguramente no iban a regresar hasta dentro de diez años, él había quedado tan aburrido que ya no quería

volver a saber de la coca. Entonces pensó en su hija 'La Mona', que para entonces era una entusiasta joven que aún no alcanzaba la mayoría de edad, y en el sueño del que le había hablado dos años atrás, cuando emitían en la televisión una novela sobre una mujer que tenía una finca cacaotera: "Papá, yo quiero ser como esa señora", le anunció decidida.

Ermila, la esposa de Álvaro, acompañó a sus dos hijas cuando, motivadas por 'La Mona', empezaron a preguntar entre los vecinos quién compraba cacao en el pueblo y dónde podían conseguir la semilla para sembrar. "Hicimos un semillero allá abajito por el árbol de caimo, y eso creció, pero muy hermoso. Ese cacao comenzó a dar; al año empezó a florecer y luego ya dio poquito, por ahí dos arrobas la media hectárea".



Foto: Álvaro y su esposa Ermila en su finca.

Foto: Sara Tejada. Archivo propio.

Pero a Álvaro no le gustó la idea, le parecía que era desperdiciar tierra en un cultivo que demandaba tanto trabajo y tiempo; así que un día de 2009, sin que su esposa e hijas se dieran cuenta, fumigó los cerca de 500 árboles que las mujeres de la casa habían sembrado solas, dejándolos totalmente inservibles.

Sin embargo, 'La Mona' no desistió y acto seguido se dio a la tarea de obtener la semilla y volver a sembrar casi la misma cantidad, esta vez en un lugar más apartado de la finca. "Y entonces cuando arrancaron la coca (en 2010), ahí sí se pusieron locos buscando semillas pa' una parte y pa' la otra", recuerda entre risas doña Ermila.

Y es que, tras la erradicación, a Álvaro y su familia, así como a Consuelo y otros huisiteños, el cacao que ya tenían sembrado les sirvió para sobrevivir en esos días de escasez. Algunos campesinos todavía tenían árboles productivos de cacaoteras antiguas, y recordaron los años en que sus padres y conocidos subsistían gracias a ellas. Así nació la idea que los juntó y los llevó a preguntarse si era posible vivir de otra cosa que no fuera la coca. La respuesta fue definitivamente sí.

Sembrando la resistencia

Como ninguno era experto en cultura cacaotera o en la cadena del cacao, particularmente en la comercialización, al hermano de Consuelo, Alexander, se le ocurrió que un viejo amigo les podría ayudar. Fue cuando llamaron a Jorge Giraldo, un agrónomo caucano que conoce el territorio desde 1974 y no ha dejado de frecuentarlo desde entonces.

Jorge cuenta que la idea le pareció maravillosa pues siempre lamentó que los habitantes de Huisitó se hubieran dedicado exclusivamente a la coca y abandonaran otros cultivos, al punto de que "cuando se acabó, la gente no tenía qué comer porque no había nada más en sus fincas".

Gracias a las gestiones del agrónomo y a los contactos que logró con la oficina de Fedecacao en Puerto Tejada, Cauca, un grupo de campesinos de Huisitó interesados en conocer las nuevas tecnologías y prácticas empleadas en el cultivo del cacao, realizó en junio de 2010 una visita técnica a la granja Tierradura, en el municipio de Miranda, donde obtuvieron las primeras semillas con las que iniciaron el proyecto de siembra.

El nuevo cultivo tuvo en cuenta las técnicas promovidas por Fedecacao, las que, asegura Jorge, "posibilitaban superar muchos de los problemas del cultivo en el pasado, que llevaron a su declive".

Uno de los primeros en sumarse a la iniciativa fue Dumaël Flores, quien llegó a Huisitó en 2002 atraído por la bonanza cocalera, proveniente del corregimiento El Alto del Rey, de El Tambo; adquirió una droguería-miscelánea y seis años después compró la finca que describe con orgullo mientras caminamos entre los árboles de cacao, algunos frutales y unas pocas matas de coca que aún quedan.

Dumaël participó de las asambleas comunitarias en las que él, Jorge y otros compañeros, informaron de la experiencia de Fedecacao a los pobladores interesados, quienes se motivaron a realizar dos nuevas visitas, en septiembre de 2010 y julio de 2011. Esas jornadas de intercambio de saberes generaron un incremento de las áreas sembradas y el inicio de la recuperación de cacaoteras abandonadas.

Las visitas y las nuevas siembras fueron financiadas por los propios campesinos y la oficina de Fedecacao en Puerto Tejada realizó de manera gratuita los talleres, vendió las semillas y los tallos, y realizó visitas técnicas de asesoría y acompañamiento a los nuevos cultivos en la región.

Simultáneamente, narra Jorge Giraldo, en los años 2010 y 2011, la Secretaría de Desarrollo Agropecuario de El Tambo, que conocía de la iniciativa comunitaria, presentó al Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural un proyecto para el establecimiento del cultivo de cacao asociado a plátano y árboles maderables.

Sin embargo, el resultado fue negativo y, según cuenta Giraldo y lo demuestra con documentos, “no se asignaron recursos para apoyar esta iniciativa local, pese a las innumerables gestiones adelantadas con diferentes instituciones y entidades del Estado, desde el mismo momento en que se realizó la erradicación manual no concertada del cultivo de la coca, a través del envío de cartas, solicitudes, peticiones, denuncias, etcétera”.

Después de todo este proceso y de que Jorge Giraldo y Fedecacao les expusieran las ventajas de asociarse, el 19 de marzo de 2011 se conformó oficialmente, con la participación de 25 socios fundadores, la Asociación de Cacaoteros de la Región del Río Huisitó, AsoHuisitó Cacao Topé, que propendía por mejorar la calidad de vida de los asociados a partir de un modelo de producción agroecológica.

Como consta en acta de constitución de la Cámara de Comercio del Cauca, así aparecen los socios fundadores:

1. Ana Milena Araujo Delgado
2. Eduardo Bolaños Guevara
3. Oscar Delgado
4. Fermín Huila
5. José Neil Reyes Sánchez
6. Luisa Fernanda Alegria
7. Luis E. Acosta Cárdenas
8. Dumael Flores Idrobo
9. Laurentino Córdoba Burbano
10. Sócrates Reyes Sánchez
11. Benjamín Plaza
12. Consuelo Torres Mondragón
13. Milciades López Castaño
14. Jhont Chamorro
15. Arquímedes Pérez Carvajal
16. Rosember Torres Mondragón
17. Daifeny Zapata Ospina
18. Hernán Zuleta
19. Hernán Gutiérrez Sánchez
20. Fernando Orrego Vélez
21. Alexander Torres Mondragón
22. José Fernando Gonzáles
23. Jhon Eider Zapata
24. Álvaro Araujo Mora
25. Luis Alfonso Tobar

Para Dumael, la creación de la asociación fue mucho más que un salvavidas ante la difícil situación económica; se convirtió en una manera de recuperar su comunidad: “Donde una persona cultiva comida lo tiene todo, y cuando llega la coca dejan de sembrar porque le da sombra a la mata y eso la rechina. Y no importa contaminar el

agua. Los muchachos no estudian; cada año se gradúan de bachillerato uno o dos; los de 13, 14, y 15 años mantienen en una discoteca borrachos, consumiendo vicio. Se genera más violencia, se acaba con las familias”.

En cambio, advierte, aunque una arroba de cacao se venda a 70 mil pesos, tiene más valor que un kilo de pasta base de coca, que actualmente se compra a 3.200 el gramo, es decir que cuesta tres millones doscientos mil. “Yo creo que hace más una persona que traiga dos arrobas de cacao aquí, va, remesea y trata de sobrevivir con eso, que alguien que coja esos tres millones y se los vaya a gastar con los amigos y las mujeres; hasta sin mercado llega a la casa. En cambio, uno esa platica del cacao la valora”, sentencia.

En la siguiente infografía se puede ver la diferencia entre los cultivos de la coca y el cacao, en cuanto a los procesos de siembra y cosecha, y la ganancia de cada uno por hectárea, con los precios de 2019.



Imagen: infografía coca vs. cacao.

Fuente: verdadabierta.com

En la finca de Dumael, de cerca de seis hectáreas, hay tres y media cultivadas de cacao y aproximadamente una de coca; escenario que se repite, en distintas proporciones, en algunas de las fincas de los socios. Hay excepciones, como la del

presidente de AsoHuisitó, Fabio Castro, pues es pentecostés y su iglesia prohíbe la siembra de coca.

Al interpelar a Dumaël por esta aparente contradicción, pues uno de los objetivos de asociarse era dejar atrás el cultivo de coca, él responde con actitud resignada: “Porque es muy duro tratar de trabajar legal”. Acto seguido explica que “el Estado casi no apoya; además, en una zona de estas la mano de obra no se consigue, y si se consigue, los trabajadores cobran como si fueran a coger coca. Y en el caso mío no vivo en la finca y todo me toca contratado. Un jornal cuesta entre 25 y 40 mil el día, dándoles la comida. Y hay raspachines que se cogen en el día 12 o 14 arrobas, que pagan a 10 mil; son 120, 140 mil en un día. No van a echar machete por 40 mil al día. Es muy difícil competir con esa cuestión”.

Y concluye: “Por eso es que se ha acabado por acá la cultura de cultivar comida, porque la coca da pa’ comprar todo. De acá salía queso, maíz, y ahora en una zona de estas donde el plátano se da buenísimo, comemos plátano de Ecuador”.

En este punto me parece pertinente empezar a conectar esta realidad narrada con los referentes conceptuales elegidos para ser una especie de luz con la que voy a alumbrar el camino de esta investigación; los seleccioné desde los aportes de los diferentes seminarios de la Maestría en Estudios Interculturales, pensando en la perspectiva que estos me darían sobre las cuestiones sociales que deseo abordar. Si bien fue una escogencia subjetiva, la constante es la interculturalidad y las tensiones que este proyecto representa.

Precisamente este es el primer concepto que presento: la **interculturalidad**. Y la abordo desde la perspectiva que la define como un proyecto político que se agencia desde abajo, por las propias comunidades. Así pues, superando la mirada de la interculturalidad en el contexto del multiculturalismo de Estado que desarrolla Dietz (2012), Catherine Walsh se refiere a esta desde una perspectiva diferente en Ecuador, donde “el uso del concepto de interculturalidad se inició en el seno del movimiento indígena como meta central de lucha contra la hegemonía, colonial e imperial, dominante” (Walsh, 2002: 3). Según la investigadora, se trata de un paradigma y un proyecto en el que se aspira a romper las relaciones de subalternidad y colonialidad generada por la diferencia colonial que ha

subalternizado a los pueblos (Walsh, 2002: 4). Es entonces una interculturalidad crítica, que:

enfoca los procesos que se inician desde abajo hacia arriba, desde la acción local, que buscan producir transformaciones sociales y para cuyos logros se requiere ir en múltiples direcciones. (...) El significado de la interculturalidad construido a partir de esta posición necesariamente implica procesos de desubalternización y decolonialización. El significado de la interculturalidad construido a partir de esta posición necesariamente implica procesos de desubalternización y decolonialización (Walsh, 2002: 10).

Por otro lado, Jorge García va más allá y cuestiona al multiculturalismo, asegurando que “las diversas formas de nombrar el multiculturalismo interfieren en la comprensión de la interculturalidad crítica propia de los pueblos, naciones o minorías políticas (García, 2018: 30)”. Además, afirma que:

la interculturalidad construida desde la periferia, esto es desde la diferencia colonial (Mignolo, 2002) está llamada a constituirse en un proyecto antirracista y anti-hegemónico. Debe ser una respuesta intersubjetiva, desde sectores étnico-raciales y populares del mundo, para desarticular el discurso del multiculturalismo de Estado cuyo propósito es ocultar las diferencias, borrar las marcas coloniales de la opresión en las sociedades modernas y garantizar la total aceptación de la condición “inferior” de los pueblos reconocidos como minorías políticas (García, 2018: 31).

Así pues, para García, la interculturalidad pensada como un proyecto decolonial no se daría entre los pueblos y el Estado, como se advierte en Dietz y Walsh, sino entre “iguales”, “de aquellos que comparten historia como víctimas del colonialismo y constituyen la contraparte de la modernidad euronorteamericana” (García, 2018: 42). De manera que:

La interculturalidad, en el contexto de la diversidad de América latina, es decir, en la diferencia colonial o periférica, debe contener por lo menos dos aspectos fundamentales: un concepto políticamente potente, y por otro lado, la acción proactiva de los movimientos sociales en constante lucha por sus derechos. Interculturalidad en este ámbito alude también a un proyecto epistémico, cultural, ambiental, político- pedagógico e intelectual en el que los pueblos transversalizan la solidaridad como práctica de la

resistencia. Siendo un proyecto aún sin piso en la realidad (no quiere decir de realización imposible), la interculturalidad no puede contemplarse como relación de las minorías étnico-raciales y el Estado-nación. Al revés, antes que ligado a la institucionalidad, el proyecto debería comprenderse como la práctica intelectual de los pueblos para hacerse a una determinada vida propia (García, 2018:42).

Me parece importante retomar, para el caso de la Asociación de cacaoteros de Huisitó, la concepción de que el proyecto intercultural debería entenderse, más que desde la relación pueblo-Estado, como “la práctica intelectual de los pueblos para hacerse a una determinada vida propia”.

En este sentido, el sólo hecho de poner el foco en AsoHuisitó constituye un ejercicio de interculturalidad al establecer un diálogo “desde abajo”, en la medida en que, como se ha mostrado hasta aquí, los campesinos cocaleros de Huisitó han sido y siguen siendo parte de una población particularmente excluida y desatendida por el Estado colombiano, pues a pesar de diferentes programas y proyectos tanto estatales como de cooperación internacional, las condiciones estructurales sociales y económicas siguen manteniendo a estas comunidades condenadas al olvido.

Por otro lado, identifico la interculturalidad como un ámbito en “que los pueblos transversalizan la solidaridad como práctica de la resistencia”, retomando a García, pues la asociación de campesinos en sí misma representa un acto de solidaridad en el que se ven desencadenados otros. Por ejemplo, quienes se juntaron para conformar la organización, si bien tienen en común ser campesinos, tienen orígenes distintos de religión (católicos, cristianos y pentecostales), región de procedencia y grupo étnico (mestizos y afrodescendientes) , así como de género pues aunque fueran minoría, cuatro mujeres hicieron parte de los socios fundadores.

También hubo solidaridad al compartir sus conocimientos sobre el cacao, desde el agrónomo que se hace cargo de gestionar los aspectos técnicos sin cobrar un peso, hasta la transmisión de conocimientos previos sobre el cultivo de cacao de quienes ya lo conocían porque sus ancestros lo habían cultivado.

Es por todo esto que hablo de “sembrar la resistencia”, porque donde, como dice Dumaël Flores, primaba el dinero como máximo valor en la comunidad, pasó a

segundo plano para pensarse en comunidad y hacerse preguntas sobre el daño que el narcotráfico le causaba al territorio.

Me refiero al territorio desde la perspectiva que surge en América Latina finalizando los ochenta y empezando los noventa, y que ya no habla alrededor de la tierra sino del territorio, gracias, según Arturo Escobar, “a los grupos sociales indígenas, campesinos y afrodescendientes en países como: Bolivia, Ecuador, Perú, Colombia y Brasil; los cuales introducen por primera vez el tema en los debates teóricopolíticos, imponiendo así una gran re-significación al debate sobre tierras y territorio en el continente” (Escobar, 2014: 82). Para este autor, el territorio más que una porción de tierra es el lugar en el que se dan unas condiciones materiales y culturales para la reproducción de una vida digna. Así pues, el territorio es “material y simbólico al tiempo, biofísico y epistémico, pero más que todo es un proceso de apropiación socio-cultural de la naturaleza y de los ecosistemas que cada grupo social efectúa desde su “cosmovisión” u “ontología”” (Escobar, 2014: 91). Me interesa esta concepción en el contexto de Huisitó, pues aborda el territorio como el espacio en el que se construye el proyecto de vida de una comunidad como proyecto político que brinda autonomía y la perspectiva de futuro, no en términos de propiedad sino de “apropiación efectiva mediante prácticas culturales, agrícolas, ecológicas, económicas, rituales, etc” (Escobar, 2014: 90).

“La coca no tiene competencia”

Esta frase con la que Dumaël expone su situación, y la de los demás socios es explicada por Luis Alfredo Londoño, decano de la Facultad de Ciencias Agrarias e integrante de la Comisión de Paz de la Universidad del Cauca, quien ha realizado diversas investigaciones sobre las comunidades rurales del departamento.

“El tema de buscar el cultivo que financieramente sustituya a la coca no existe, porque el sobreprecio que da la coca viene de su carácter ilícito, y ningún producto de la economía legal tiene ese factor diferenciador de precio”, asegura el académico. Por eso, considera que existe una relación directa entre el surgimiento de esos cultivos y las crisis del sector agrario.

“Uno puede encontrar en la historia agraria y en las historias particulares de cada región la existencia de una serie de problemáticas históricamente no resueltas en el sector agrario, y producto de ellas hay una articulación con los cultivos ilícitos”, afirma.

Como ejemplo, expone el caso del Macizo colombiano, una zona del sur del Cauca donde el café jugó un papel importante en la dinámica económica regional, hasta que ocurrieron las crisis cafeteras en los años ochenta y noventa. “La coca y la amapola surgen como una alternativa para la dinamización económica de esos territorios. Hay una relación clara entre la estructura de tenencia de la tierra y la extensión de la coca”, concluye el investigador.

En el caso de la Asociación de Cacaoteros de Huisitó, las historias de sus integrantes confirman la insuficiente presencia del Estado y las dificultades para consolidar una economía basada en un cultivo de uso lícito, en medio de un contexto de conflicto armado y disputa territorial. Ejemplo de ello es la deserción de socios, al punto de que para el 2019 quedaban sólo 16 familias, después de que en el 2013 alcanzaran la cifra de 43.

Al respecto, el agrónomo Jorge Giraldo pone sobre la mesa la razón por la que Huisitó es estratégico en el mapa del narcotráfico en Cauca: está en la ruta de la salida al Pacífico, entre las montañas de la cordillera Occidental. “Incluso, me han contado que por ahí pasa mercancía que llega del Caquetá, pues ésta es una salida estratégica al mar, al hacer parte de la cuenca del río Micay, que además es prácticamente la única que va de sur a norte, porque todas normalmente van de occidente hacia el mar, y ésta va desde El Plateado al río Micay, hacia el norte, y al llegar a López (de Micay) voltea hacia el Pacífico”.

La Caracterización Regional de la problemática asociada a las drogas ilícitas en el departamento de Cauca, publicada en 2016 por el Observatorio de Drogas de Colombia y la UNODC, concuerda con ese análisis, pues señala que el corredor de los ríos Huisitó y Micay, entre El Tambo y López de Micay, y desde Argelia hacia López de Micay, es usado por el ELN para el tráfico de armas, explosivos y drogas ilícitas.

Actualmente, y como pude comprobar en un viaje a Huisitó en enero de 2023, es de concluir que esas rutas son controladas por las disidencias de las Farc, del frente

Carlos Patiño, cuya presencia se hace sentir desde que se arriba al corregimiento 20 de Julio, de El Tambo, punto desde el cual se pueden observar a lado y lado de la carretera sin pavimentar, las vallas instaladas de manera improvisada con propaganda alusiva a su organización.

Pero en el 2012 la influencia del ELN se hizo sentir cuando los campesinos empezaron a reunirse y a adelantar gestiones para crear la asociación. Algunos de ellos cuentan cómo uno de los jefes guerrilleros los mandó a llamar para preguntarles si su proyecto era organizado por el Ejército Nacional, como, según les dijeron, había ocurrido en otros corregimientos. Ante la respuesta negativa de los futuros socios, seguida de una explicación sobre su proceso organizativo, no volvió a intervenir.

A la presencia del grupo insurgente también se debería la dificultad para el crecimiento de la asociación y el desarrollo del corregimiento, por ejemplo para legalizar sus predios, muchos de ellos considerados baldíos. Cuando han requerido acceder a los préstamos que ofrece el Banco Agrario para implementación de proyectos productivos, han tenido que recurrir a los certificados de sana posesión que expide la Junta de Acción Comunal.

Sobre este tema y la destinación de recursos en el marco de los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), consulté a la Agencia de Renovación del Territorio, sin embargo, al término de la escritura del reportaje, no habían entregado una respuesta. El tema es fundamental de cara al cumplimiento del Acuerdo de Paz, firmado por el entonces Juan Manuel Santos (2010-2018) y la otrora guerrilla de las Farc, en el que se pactó el compromiso de adelantar una masiva formalización de la propiedad rural.

Por otro lado, el programa que podría representar una esperanza para los habitantes de Huisitó es el Plan Nacional Integral de Sustitución (PNIS), contemplado también en el Acuerdo de Paz. Al respecto, Nilson Liz, delegado de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc) ante el Consejo Directivo de PNIS, advierte que aunque en el municipio de El Tambo, con presencia de representantes de Huisitó, se llevó a cabo la socialización del programa y se llegó a acuerdos voluntarios con decenas de familias entre 2016 y 2017, hubo un estancamiento debido a la ausencia

de recursos y muchos de los campesinos sólo han recibido dos o tres de los pagos bimestrales.

Problema que según el informe publicado en abril de 2019 por la Fundación Ideas para la Paz (FIP), ¿En qué va la sustitución de cultivos ilícitos?, es común en todo el país. Una de las conclusiones aportadas por el documento es que “los rezagos en la implementación de los componentes del PNIS son evidentes. El plan inicial era que se comenzaran a desarrollar a partir del segundo pago (es decir, desde el tercer mes). Sin embargo, la Asistencia Técnica comenzó, en promedio, con cinco meses de retraso, mientras que el auto-sostenimiento ha tenido diez meses de retraso y los proyectos de ciclo corto, 16 meses”.

Tiempo de cosecha: marca Huisitó



Imagen: empaque del Chocolate Huisitó.
Fuente: Sara Tejada. Archivo propio.

A pesar de las dificultades, los socios de AsoHuisitó Cacao Topé se las arreglaron para 'arañar' recursos estatales y de cooperación internacional, lo que les permitió mantenerse a flote y continuar soñando con la independencia económica. En 2012,

la Secretaría de Desarrollo Agropecuario de El Tambo, con recursos de regalías, incluyó a la asociación en un proyecto para el sostenimiento de cacao con la entrega de insumos y abonos.

Al año siguiente, el Departamento para la Prosperidad Social (DPS), a través del Componente de Capitalización Microempresarial, apoyó un proyecto por valor de 18,7 millones de pesos para la compra de equipos y herramientas.

A la par, llegó un programa que marcaría un hito en la historia de la asociación: Misión País Colombia, un programa de voluntariado de la Universidad Javeriana de Bogotá, cuya presencia fue gestionada por AsoHuisitó desde junio del 2013, como parte de su función social como organización sin ánimo de lucro. Ese grupo de jóvenes universitarios, con apoyo de la Junta de Acción Comunal de Huisitó y la Institución Educativa Huisitó, en junio de 2014, motivó y promovió la creación del Centro Cultural Huisitó, un espacio para la formación personal y académica de los niños, niñas y jóvenes de la zona.



Foto: niños y niñas en el Centro Cultural Huisitó.

Fuente: Jorge Giraldo, archivo personal.

Jorge Giraldo describe este centro como un “espacio de desarrollo y cultura donde se pueden implementar actividades de diferente índole para la formación personal y académica de los niños, niñas y jóvenes de la zona fortaleciendo las potencialidades artísticas y las habilidades necesarias en su proceso de crecimiento, buscando así dar cumplimiento a su eslogan “Conocimiento y cultura para la paz” en una región que ha vivido y sigue viviendo los efectos del conflicto que durante tantos años ha afectado al país, y que sueña con una paz con equidad y justicia social”.

Para mí, al igual que para el agrónomo Giraldo, la apertura de este Centro representa uno de los legados más importantes de la Asociación para Huisitó, pues no sólo consiguió que muchos niños, niñas y jóvenes tuvieran un lugar donde podían conocer la historia de su corregimiento y pensar en otros mundos posibles más allá de la coca, sino que se convirtió en un referente para la comunidad. En un contexto en el que de forma general la formación académica no es una prioridad, un espacio como este empezó a cambiar la perspectiva de los habitantes sobre otras cosas que también eran importantes, ya que como mencionaron varios asociados durante las entrevistas conjuntas, la gente del pueblo empezó a hablar, por ejemplo, de que sus hijos podrían estudiar carreras universitarias que les permitieran tener otra forma de vida.

Con esta experiencia del centro cultural me permito presentar dos conceptos que también son faro en la investigación: la intraculturalidad y la intra-interculturalidad.

Al respecto, para dilucidar los sentidos que específicamente en el contexto latinoamericano se le han dado a la interculturalidad, acudo al peruano Fidel Tubino, quien se refiere a tres maneras en que se entiende la interculturalidad en el contexto de Perú: la interculturalidad de hecho, la normativa, y la revalorización intracultural. Y lo explica así:

Cuando la interculturalidad es estudiada por los científicos sociales, lo que hacen es describir y explicar cómo se producen las complejas relaciones entre personas de diferentes culturas en un mismo espacio social. Sincretismos, hibridaciones, diglosias, asimilacionismos pasivos o creativos son algunas de las formas fácticas de las relaciones interculturales. A esto se le denomina *interculturalidad de hecho*. De manera distinta, los filósofos y los educadores se refieren a la interculturalidad como una utopía o un deber ser basado en el diálogo y el

reconocimiento de la diversidad. Se le denomina *interculturalidad normativa*. Finalmente, cuando los líderes de los movimientos indígenas apelan a la interculturalidad, lo que están demandando es la *revalorización intracultural* de sus identidades étnicas frente a la violencia simbólica de la sociedad envolvente (Tubino, 2016:70).

Dentro de la interculturalidad normativa distingue dos tipos de interculturalismo: el funcional y el crítico. El primero es el que ha sido asumido oficialmente por los Estados nacionales como un discurso en el que el diálogo intercultural es una utopía, y no tiene en cuenta las relaciones de poder que hay entre los pueblos y las culturas; es un discurso que invisibiliza las raíces de los conflictos, la pobreza y los reemplaza por la cultura. Mientras que la interculturalidad crítica “es básicamente una política de reconocimiento que busca desmontar los discursos que invisibilizan la injusticia cultural para erradicar, a largo plazo, las causas que la sostienen. Es, en este sentido, un proyecto de “justicia cultural” (...)” (Tubino, 2016: 72). Esta justicia cultural empieza, según Tubino, por evidenciar y cuestionar las relaciones de poder y así dejar al descubierto las heridas provocadas por las injusticias culturales, de manera que se deconstruyan las condiciones del “no-diálogo para generar espacios de reconocimiento intercultural, tanto en el nivel de las relaciones interpersonales como en el de las relaciones grupales” (Tubino, 2016: 72). Parafraseando a este autor, se busca, en sí, el reconocimiento de la dignidad humana, y para esto se deben dar procesos intraculturales, no para esencializar a los grupos (como los indígenas), que es lo que comúnmente hace el Estado nación, sino precisamente para “desencializarlos” y así poder ver las complejidades de las relaciones de poder intracultural. Discusión que me parece pertinente abordar en un contexto campesino como el de Huisitó, pues significa un aporte a la misma, al no ser una perspectiva étnica, que es desde donde generalmente se aborda el tema.

En este sentido, justamente el siguiente concepto es el de **intraculturalidad**, entendida como la plantea al amauta José Mario Illescas. Para él “la intraculturalidad es la recuperación, afirmación, y recreación de la identidad y la vida, así como la religión de una comunidad o un pueblo, de manera que es preciso transportarla al imaginario colectivo y reafirmarla como propia y como

válida (Illescas citado por Galindo *et al.*, 2007: 128)". Illescas, refiriéndose al modelo educativo de Bolivia, dice:

La intraculturalidad educativa no quiere decir solamente pensar en nosotros, hacia adentro en términos educativos, sino que la intraculturalidad implica que nosotros podamos desenvolver el modelo social, que al mismo tiempo implica desenvolver el tipo de ser humano dentro esa interculturalidad combinada con la intrasociedad a la cual corresponda esa cultura. Por tanto, la categoría intraculturalidad no solamente es más grande que la categoría intraculturalidad educativa, sino que también implica que está conteniendo, que está concentrando hacia su interior eso que realmente es la autoconstrucción del tipo de sociedad que corresponde a ese sentimiento intracultural que está con nosotros queriendo rescatar, revalorizar e impulsar (Illescas en Delgado, 2006: 210).

Así pues, este sentido de la intraculturalidad está relacionado estrechamente con la idea que he venido planteando a través de los autores mencionados, acerca de la necesidad de tener en cuenta la práctica intelectual de los pueblos. Aquí traigo a colación de nuevo a Jorge García para revisar el concepto de **intra-interculturalidad**, vista desde el pensamiento "casa adentro", que podría traducirse como un pensarse a sí mismo, en el contexto de las comunidades. Este sería un "paso previo y necesario para una trans-interculturalidad que representa el encuentro creativo con los otros que tienen las mismas condiciones socio-históricas y que desean avanzar en la construcción conjunta de un modelo de sociedad basado en perspectivas de restitución humana (García, 2018: 15)". En conclusión, la intra-interculturalidad sería un proceso que permitiría llegar a esa interculturalidad crítica que he expuesto anteriormente.

Entonces, la creación del centro cultural es una de esas acciones que como plantea Illescas, propende por la recuperación y reafirmación de la identidad y la vida. Ya no sólo se trata del cultivo del cacao como una forma de recuperar y reafirmar un sentir campesino y lo que eso significaba para los socios: conexión con la tierra y cuidado de esta, trabajo en comunidad y participación en el crecimiento de la misma; sino que a través de este centro se garantiza un ejercicio de memoria a través de niños, niñas y jóvenes.

Hay en la existencia de la Asociación y en las gestiones que realizaron como el centro cultural, un diálogo y un trabajo de empoderamiento comunitario desde adentro, que se da en dos espacios: dentro del grupo y fuera de él, hacia la comunidad, en un encuentro con el otro, pero que no deja de ser un reflejo de sí mismos. Es decir, aunque hay un grupo con el propósito de dar un giro al destino de su pueblo, a través de la recuperación de un cultivo que les permite reafirmar su sentir campesino, esto no implica una desvinculación del cocalero, no se oponen, pues además de que el contexto predominante continúa siendo uno dominado por el narcotráfico, continúan enfrentándose a las mismas dificultades de acceso a la atención y oferta estatal. De hecho, como lo cuentan los socios, muchos debieron conservar parte de los cultivos de coca para poder sobrevivir.

Esto a pesar de gestiones como las de los integrantes del voluntariado, quienes en la misión de 2015 motivaron a Dumael Flores para que iniciara con el proyecto de transformación de cacao a chocolate, y además diseñaron el paquete en el que se distribuye el producto. En una visita a la finca de Dumael, pudimos ver cómo realizaba el proceso de secado y de procesamiento del cacao hasta convertirse en pasta para chocolate.



Foto: Dumael durante proceso de transformación del cacao.

Fuente: Sara Tejada, archivo propio.

Luego, en 2016, la Secretaría de Desarrollo Agropecuario de El Tambo, en el contexto de la implementación del Programa de Desarrollo Rural con Enfoque Territorial (DRET), para las microrregiones Centro y Norte del departamento de Cauca, en las líneas de cacao, incluyó a AsoHuisitó en un proyecto de acompañamiento social y empresarial que aún se encuentra en ejecución.

Víctor Hugo Antolínez, coordinador Sociempresarial de la zona centro de Cauca para Fedecacao, explica que el proyecto es financiado por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y tiene como aliados a Fedecacao (ejecutor), la Gobernación de Cauca, la Alcaldía de El Tambo y los mismos productores de las cinco organizaciones que hacen parte de este proyecto.

Su objetivo es brindar apoyo técnico y empresarial a los campesinos para que sean competitivos en el mercado, pues de acuerdo con Antolínez, la mayor falla de las iniciativas como AsoHuisitó está en la comercialización, pues sin ella es improbable que se puedan mantener.

También destaca que uno de los logros más importantes de los cacaoteros de Huisitó es tomar el mercado y comprar sin intermediarios, lo que mejoró el precio para el cultivador. Además, es la asociación, entre las vinculadas al proyecto de OIM, que más compra: entre 600 y 1.000 kilogramos mensuales, en promedio.

Sin embargo, no les alcanzaba para tener la capacidad productiva para venderle directamente a Fedecacao, lo que hizo a través de un intermediario. Tampoco a la Nacional de Chocolates, pues en este caso, además de cumplir con un mínimo de producción, deben cumplir la Norma Técnica Colombiana 1252 de 2003, del Icontec, que da las pautas sobre las características del cacao que se comercializa.

Para ello, es fundamental que la asociación tenga un centro de acopio y realice, preferiblemente, un proceso de fermentación y secado colectivo, lo que posibilitaría la proyección a otros mercados. Pero los cajones fermentadores, según los socios y Antolínez, son un compromiso de la Gobernación de Cauca, como socio del proyecto OIM, y aún no se han entregado.

Al ser consultado al respecto, Hugo López, funcionario de la Secretaría de Desarrollo Agropecuario, responsable de los proyectos relacionados con cacao en el departamento, aseguró que esa dependencia no se ha comprometido a entregar

tales cajones, pues el único proyecto de su oficina con incidencia en el corregimiento, con recursos del Sistema General de Regalías, consistía en suministrarle al productor semilla de cacao y 900 árboles a cada socio.

Dado que la ejecución práctica de ese proyecto inició en 2015 y se terminó de ejecutar el 31 de diciembre del año pasado, a 2019 los árboles no estarían aún en plena producción, ya que les toma de cinco a seis años llegar a ese estado; por lo que, dice López, no tendría sentido suministrar aún los cajones que se usan para la fermentación.

Sin embargo, como aclara Dumael, ellos ya cultivaban desde antes de la implementación de ese proyecto. Y precisamente es ahí donde, afirma, están “varados”, pues un adecuado proceso de beneficio, como se llama a las fases de fermentación y secado, sería el primer paso, no sólo para que su materia prima sea competitiva, sino para incursionar en la transformación del cacao.

Su sueño es que la actividad que realiza de manera artesanal en su finca se pueda semi-industrializar y así poder llevar el Cacao Huisitó a otros lugares de Colombia y del mundo. Cree que es posible porque a través de los misioneros de la Javeriana, quienes han dado a conocer muestras del chocolate, le hicieron varios pedidos desde lugares como México e Israel. Pero no los ha podido concretar pues no cuentan con la infraestructura y la maquinaria para producir en grandes cantidades.

Como parte del resultado de las diferentes misiones en Huisitó, un grupo de estudiantes presentó la iniciativa PAZCO, el proyecto piloto del “Programa Misión País Colombia”, que se trata de una “un proyecto de emprendimiento social que pretende apoyar, desde la Facultad de Ingeniería de la Pontificia Universidad Javeriana (en adelante PUJ), la consolidación de la empresa comunitaria por medio del plan de negocios de la Asociación de Cacaoteros de Huisito (Asohuisito), asesorando el proceso productivo y de comercialización del cacao de esta comunidad campesina” (Gómez *et al*, 2017: 6). Aquí, además de estudios de mercado, financieros y análisis de la industria, se plantea esa necesidad de una planta de transformación.

Que AsoHuisitó tenga su propia planta de transformación también es el sueño de Luisa Fernanda Alegría, una de las cuatro socias mujeres que actualmente

conforman la Asociación. En su finca, el cultivo de cacao es un proyecto familiar que ha sacado adelante junto a su mamá y sus dos hijos de nueve y trece años.

Juntos se encargan del ganado y de los 1.500 árboles de cacao, la yuca, la cebolla, los tomates y algunas palmas de chontaduro que ellos mismos han sembrado. “A mí me fascina esto. Yo peleé con mi familia cuando me querían mandar a estudiar, hasta que se dieron cuenta que en serio esto es lo que a mí me gusta”, cuenta Luisa, cuyo compromiso ha sido tan grande que es la única mujer de las familias cacaoteras que cuenta con la certificación de Fedecacao como Técnica Cacaocultora.



Foto: Luisa y su hijo en la finca cacaotera de su familia.

Fuente: Sara Tejada, archivo propio.

Al final, lo que queda claro es que el cacao avivó la esperanza de una comunidad acosada por la violencia y por la falta de oportunidades. Álvaro Araujo fue un claro ejemplo de ello, pues una vez erradicada la coca de su finca, no volvió a cultivar sino una sexta parte de lo que tenía; lo necesario para sostener a su familia y permitirse el mantenimiento de las ocho hectáreas de cacao que sustituyó de manera voluntaria.

“El cacao es una muy buena renta, pero siempre y cuando el Estado eche mano de uno. Si tuviéramos bien esta finca aquí, viviríamos felices”, fue una de las últimas

cosas que me dijo. Don Álvaro falleció en su finca junto a su hijo, en un accidente con un cable de alta tensión, en noviembre del 2019.

Su muerte fue sólo uno de los primeros golpes que recibió la Asociación de cacaoteros. Tras los varios intentos de obtener el apoyo estatal o de cooperación internacional que les permitiera “sacar cabeza”, como expresaron algunos de ellos, ocurrió un evento que atizó la desmotivación que ya varios sentían: la emergencia sanitaria por Covid 19 que obligó a los habitantes de Huisitó y del mundo a modificar su forma de habitar sus territorios. Durante la pandemia se hizo mucho más difícil cuidar las cacaoteras con todo lo que ello implicaba, así como vender el producto; el grupo de disidencias de las Farc que para entonces ejercía el control territorial, limitó el tránsito y sólo permitió el ingreso de los mercados de asistencia humanitaria entregados por el Gobierno Nacional.

Para el 2021, antes de que finalizara la emergencia pero ya recuperándose de los estragos de la pandemia, los habitantes de Huisitó vivían nuevamente un repunte de la venta de pasta de coca gracias a que volvieron a operar las rutas por las que se distribuía la cocaína. Viéndose maniatados pues no existían las condiciones para continuar cultivando y vendiendo el cacao producido, el 25 de septiembre de 2021, los 12 socios que aún quedaban de la Asociación de cacaoteros de Huisitó firmaron el acta de liquidación de la misma de manera unánime.

Para Jorge Giraldo, además de no haber conseguido el apoyo estatal esperado, los detonantes de la disolución fueron “el auge de nuevo del cultivo de la coca y la confrontación armada”, por las disputas territoriales entre la ‘Columna Móvil Carlos Patiño’ de las disidencias de las Farc y el frente ‘José María Becerra’ del Ejército de Liberación Nacional (ELN), así como entre la Fuerza Pública y estos grupos.

Así, la férrea resistencia de los cacaoteros de Huisitó se vió cercada, como ha ocurrido tantas otras veces, por las reglas de un sistema capitalista que tiene como centro de su existencia misma, la relegación de la humanidad a un plano inferior al del capital.

Un cerco al que se refiere Amir Smith Córdoba en su texto *Cultura negra y avasallamiento cultural* (1980), al referirse al destino de zonas habitadas por comunidades negras como San Basilio de Palenque, Chocó, Buenaventura, Tumaco, Puerto Tejada, Patía, Guapi, Timbiquí, entre otras, en las que según el

autor “se sigue tratando al negro como inferior, cuando no se le da ni siquiera la oportunidad de administrar su propia riqueza” (Córdoba, 1980: 84). Para él, “la condición miserable y de inhumanidad que vive la gente que habita dichas zonas, es lamentable (...) parecen estar sometidos a un encierro meditado, donde mastican el oprobio inmiserable de quienes lo acondicionan a vivir arrinconado y lejos de las más elementales bondades de la época” (Córdoba, 1980: 84).

Más de cuatro décadas después, las palabras del pensador resuenan y describen lo que continúa ocurriendo en esos territorios, pero también en comunidades campesinas cocaleras como la de Huisitó.

Por eso, con este trabajo quiero hacer un aporte a la memoria del proceso de resistencia de los campesinos de mi pueblo, que aún hoy siguen creyendo y luchando por otro mundo posible. Algunos de los socios como Fabio Castro, Neil Reyes y Óscar Delgado, todavía tienen cacaoteras productivas en sus fincas, lo que representa una esperanza para quienes en la actual crisis económica en las zonas cocaleras del país, han pensado en retomar el cultivo de cacao, según me contaron Jorge Giraldo y Neil Reyes.

Ese concepto de **memoria** también es vital en esta investigación. Un concepto que Jacques Le Goff define así: “La memoria, como capacidad de conservar determinadas informaciones, remite ante todo a un complejo de funciones psíquicas, con el auxilio de las cuales el hombre está en condiciones de actualizar impresiones o informaciones pasadas, que él se imagina como pasadas” (Le Goff 1991: 131). Sin embargo, desde este punto de partida, este trabajo lo abordó desde la memoria colectiva, que Le Goff vincula especialmente a las sociedades ágrafas y que aunque según él se transformó con la aparición de la escritura, consiste básicamente en lo que del pasado vive en los grupos sociales o lo que estos grupos hacen del pasado (Le Goff, 1991: 178). Para este autor:

la memoria colectiva ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva.

Mi deseo es que estas páginas contribuyan a que la historia de los cacaoteros de Huisitó no haga parte del extenso listado de silencios de la memoria.

Conclusiones

Respecto a la interculturalidad

- El proceso organizativo de la Asociación de cacaoteros de Huisitó puede ser visto como un escenario de interculturalidad, al existir dentro de ella y al generarse como consecuencia de su existencia, dinámicas que son propias de la interculturalidad; como “la práctica intelectual de los pueblos para hacerse a una determinada vida propia”, en palabras del profesor Jorge García; el intercambio de saberes entre diferentes actores de la comunidad, tanto internamente como entre los integrantes de la Asociación y los coccaleros, los niños, niñas y jóvenes del pueblo.
- Un proceso “desde abajo” como el de AsoHuisitó, gestionado por campesinos coccaleros que han sido continuamente ignorados por el Estado colombiano y por una sociedad que tiene una mirada limitada de la problemática del narcotráfico, logró que los socios se pensarán a sí mismos y frente a su ejercicio en comunidad, reflexionando sobre su identidad y territorio. Un ejercicio de intraculturalidad e intra-interculturalidad, que muestra la vitalidad de las juntanzas populares y la trascendental producción de conocimiento que nace y se reproduce en sus entrañas.
- Es primordial que la academia continúe poniendo sus ojos, corazón y manos en procesos comunitarios como el de AsoHuisitó, no sólo para reivindicar la interculturalidad como un lugar desde el cual trabajar conceptualmente, sino como una manera de hacer justicia, ya sea a través de la memoria expresada en distintos formatos (texto, oral, audiovisual, multimedia), o con acciones como el apoyo directo al avance de este tipo de procesos, la creación de material didáctico, la pedagogía para visibilizar, o la influencia en políticas públicas que sean transformadoras.

Respecto al camino recorrido

- Volver la mirada al pueblo de mis ancestros como investigadora, me confirmó que parte de entender y vivir la interculturalidad significa hacer elecciones éticas respecto al camino que decidimos recorrer académica y laboralmente. Lo intercultural no es una premisa que se nombra únicamente sino que nos atraviesa cotidianamente y nos pone en cuestión frente a las exigencias de un sistema que nos obliga a producir frenéticamente. Para mí, detenerme a hablar con mis vecinos, pensar con ellos, sentir sus decepciones y sufrimientos, como cuando murió don Álvaro, cuando los acorraló la pandemia, o cuando tomaron la decisión de disolver la Asociación, fue un aprendizaje que me hizo reflexionar sobre mi lugar en el mundo, sobre cuál sería mi lugar de enunciación y mi lugar de acción.
- Que se disolviera la Asociación de Cacaoteros de Huisitó fue un golpe a una iniciativa comunitaria que evidencia el cerco a los procesos en donde existen economías como la del narcotráfico. Sin embargo, la férrea resistencia de los cacaoteros y el hecho de que se estén planteando retomar el proyecto, es la prueba de que los colombianos nos debemos la esperanza; no es inútil continuar remando y creyendo que es posible transformar la realidad en una más justa para nuestros pueblos.

Referencias citadas

Bolaños, Silvana

2014 Huisitó, siete crónicas sobre una transformación. Popayán: Universidad del Cauca.

Castrillón, Juan Diego

1990 Consideraciones sobre un proceso de colonización: el corregimiento de Huisitó 1950 – 1988. Tesis de Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad del Cauca. Popayán.

Córdoba, Amir Smith

1980 Cultura negra y avasallamiento cultural. Bogotá: MAP publicaciones.

Dietz, Gunther

2012 Multiculturalismo, interculturalidad y diversidad en educación: una aproximación antropológica. México: Fondo de cultura económica.

Escobar, Arturo

2014 *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana UNAULA.

Galeano, María Eumelia

2018 Estrategias de investigación social cualitativa. Medellín: Universidad de Antioquia.

Galindo, Mario *et al.*

2007 *Visiones aymaras sobre las autonomías : aportes para la construcción del Estado nacional*. La Paz: Programa de Investigación Estratégica en Bolivia.

García, Jorge Enrique

2018 Interculturalidad y racismo en el circuito centro- periferia: aporte crítico en la perspectiva de la negritud. *Revista da Associação Brasileira de Pesquisadores/as Negros/as (ABPN)*. 10(26): 27-56. Disponible en: www.abpnrevista.org.br/revista/index.php/revistaabpn1/article/view/636>. (Acceso: 16/11/2018).

García, Jorge Enrique

- 2011 La Etnoeducación Afro “Casa Adentro”: Un modelo político-pedagógico en el Pacífico Colombiano. *Revista Pedagogía y Saberes. Universidad Pedagógica Nacional, Facultad de Educación*. 34: 117-121.

Giraldo, Jorge y Leyder Ruíz

- 1995 Aproximación al conocimiento de los sistemas de producción agropecuarios y al manejo del medio natural en la región de Huisitó en el Pacífico caucano. Trabajo final del curso de Educación a Distancia sobre Agroecología y Desarrollo Rural. Buga.

Illescas, Jose Mario

- 2006 Neocolonización y reevangelización en la Reforma Educativa y la propuesta de intra e interculturalidad. En: Alternativas a la reforma educativa neocolonizadora: educación intra e intercultural, Delgado Freddy (ed.). Cochabamba y La Paz: Agruco.

Le Goff, Jacques

- 1991 *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós.

Montes, Luis Miguel

- 2017 *Historia/Memoria de una comunidad campesina*. Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

Tubino, Fidel

- 2016 Los sentidos del interculturalismo latinoamericano y la utopía dialógica. *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*. 33: 69-77.

Walsh, Catherine

- 2002 (De)Construir la interculturalidad. Consideraciones críticas desde la política, la colonialidad y los movimientos indígenas y negros en el Ecuador. En: Interculturalidad y Política, Norma Fuller (ed.). Lima: Red de Apoyo de las Ciencias Sociales.